

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DEL DOCTOR DON MIGUEL GÓMEZ OLIVER, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

“Es de bien nacidos ser agradecidos”, reza el refranero español, compendio de la sabiduría popular. La Facultad de Filosofía y Letras está llena de hombres y mujeres bien nacidos. Agradecidos, por ende. Por ello, este discurso para solicitar al Claustro la Investidura como Doctor Honoris Causa de D. Joaquín Bosque Maurel quiere ser, sobre todo, una manifestación de agradecimiento colectivo, al tiempo que una muestra de reconocimiento y admiración a su larga y brillante trayectoria docente e investigadora en esta Universidad y, posteriormente, en la Universidad Complutense.

Desde esta perspectiva, me gustaría destacar tres aspectos de la vida profesional y universitaria de Don Joaquín que el Equipo de Gobierno de la Facultad valoró de forma muy especial a la hora de fundamentar la propuesta como Doctor Honoris Causa. En primer lugar, su impagable magisterio sobre miles de alumnos y alumnas, posteriormente convertidos en profesorado de enseñanza secundaria y universitaria a lo largo y ancho del territorio andaluz y español. Magisterio del que no sólo aprendimos geografía como disciplina académica, sino gusto por el saber, rigor metodológico y compromiso con una enseñanza entendida como transmisión de conocimientos y de valores.

En segundo lugar, su compromiso con esta tierra; con Andalucía. Compromiso asumido, por un lado, como práctica teórica, es decir, convirtiendo este paisaje y este territorio en el objeto principal de, su investigación, mediante la cual desveló problemas, precisó diagnósticos y propuso soluciones. Y al hacerlo, se comprometió de forma consciente con su transformación material tan real, no lo olvidemos, como su pesquisa teórica.

En tercer lugar, en los difíciles tiempos de la Dictadura Franquista destacó sobremanera en una suerte de ética ciudadana que creaba y llevaba a cabo lo que hoy denominamos “sociedad civil”. Supo ser libre, ejercer la libertad y, calladamente, enseñárnosla promoviendo cursos y ciclos a veces suspendidos por el gobernador civil de turno sobre problemas de vertebración territorial, social y económica de Granada o Andalucía; apoyando a estudiantes represaliados y convirtiéndose, sin duda, en su serio referente de la lucha por la democracia y la libertad, desde la más absoluta independencia política.

En su faceta de maestro, Don Joaquín Bosque creó y potenció una escuela de geógrafos, la escuela de Granada, conocida así en el conjunto de la universidad española, atentos a explicar la configuración del territorio y sus transformaciones a lo largo del tiempo, que dedican especial atención a la acción humana sobre el espacio. Creador de una escuela orientada a la investigación y el conocimiento de un paisaje humanizado. Preocupada, por tanto, por trazar líneas de acción capaces de prefigurar el futuro de “la tierra y sus hombres”, parafraseando una de sus grandes aportaciones referida a Granada. Impulsor, en fin, de una escuela geográfica con un fuerte componente histórico mucho más enraizada en la tradición relativista francesa que parte de

Vidal de la Blanche, que en la Escuela Determinista alemana de Ratzel y Huntington. Porque, en mi opinión, Don Joaquín que tanto nos enseñó sobre climatología, no ha sido tiempo (por definición, variable) sino Clima. Clima que fluye y permanece; que deja huella y marca impronta sobre una forma de hacer Geografía y sobre unas personas, sus discípulos más directos, actualmente protagonistas de la investigación y la docencia en esta Universidad y en tantas universidades hermanas de Andalucía.

Maestro también de miles de licenciados en Geografía e Historia a lo largo de su más de veinte años como profesor, primero, y catedrático después, de esta Facultad. El nos despertó la inquietud por conocer el paisaje de nuestro entorno y, a su través, el del Planeta entero. Nos abrió los ojos sobre los problemas del subdesarrollo y sus trágicas secuelas de hambre, enfermedad y sufrimiento para la mayor parte de la humanidad, como resultado de una desigual e injusta distribución de la riqueza. Nos puso en contacto, por ejemplo, con la obra de Furtado, los informes de la CEPAL o los trabajos de su colega y amigo Milton Santos, por sólo citar la realidad latinoamericana.

También nos dio pistas importantes acerca de las posibles decisiones a adoptar para mejorar la situación económica y social de una Andalucía, cuyos problemas siempre estuvieron en el norte de su brújula. Un magisterio excepcional, en fin, que la Junta de Facultad reconoció cumplidamente al aprobar por unanimidad la propuesta para que fuese investido Doctor Honoris Causa, emanada del equipo decanal y suscrita con entusiasmo por los departamentos de Geografía Física y Análisis Regional y Geografía Humana. Como maestro, para todos nosotros fue el portolano que señala el abrigo y resguardo capaz de ayudarnos a navegar por las entonces tempestuosas aguas de la vida universitaria.

Un magisterio que compartió con otros viejos y queridos maestros. Como sé del elevado sentido de la amistad y del comportamiento de Don Joaquín, permítame, Señor Rector, recordar en este momento a aquellos ya desaparecidos a quienes la Facultad de Filosofía y Letras, que hoy me honro en representar, quiere rendir un emocionado tributo de gratitud: Don José Cepeda; Don Juan Sánchez Montes; Don Miguel Gual; Fray Darío Cabanelas; Don Jacinto Bosch; Don David Gonzalo Maeso; Don Emilio Orozco; Don Manuel Alvar; Don Eugenio Hernández Vista. O los más jóvenes y que, por ello, parece más dolorosa su pérdida, Jesús Lens; Nicolás Marín o Julio Fernández Sevilla. Todos ellos, y los que continúan con nosotros ejerciendo su saber como profesores eméritos, marcaron la latitud y longitud exactas de las que partió la actual singladura de este Centro.

Yo sé bien que Don Joaquín Bosque no es nietzscheano. Pero ha seguido a la perfección uno de los lemas del genial filósofo alemán que pedía en el prólogo de su *Así habló Zaratustra*: “permaneced fieles a la tierra”. Bosque ha sido profundamente fiel a esta tierra: a Granada y a Andalucía. Casi toda su obra y su brillante investigación a ellas han estado dedicadas. A explicar su paisaje; a desentrañar su territorio; a entender las vicisitudes que la actuación humana a través del tiempo hicieron de esta tierra lo que hoy es; a poner de relieve con rigor sus problemas y contribuir a darles solución; a proponer programas y líneas de trabajo para conseguir el definitivo despeque de esta región, sin conformarse con lo mucho y conseguido, pero sin perder de

vista que “los problemas no han desaparecido, se han trasladado al piso de arriba” parafraseando la feliz aseveración del sociólogo Ulrich Beck.

Algo que demuestran sobradamente sus trabajos sobre la situación y perspectivas de la agricultura andaluza, de finales de los años setenta o su más reciente “Atlas Urbano de Granada” que desvela una ciudad muy alejada del tópico ganivetiano “Granada la bella” y susceptible de constituir un valioso instrumento para la adopción de políticas ciudadanas, por sólo citar dos de sus obras. Fidelidad, pues, y compromiso con Andalucía de un aragonés, a mi juicio, hijo más que predilecto de esta tierra.

Por otra parte, el profesor Bosque fue un clarísimo exponente de una forma de actuar en tiempos difíciles que podríamos llamar ejemplo de ética ciudadana, de contribución a la creación de una sociedad civil que todos necesitábamos pero que pocos se atrevían a construir durante la dictadura franquista. Él fue uno de sus constructores en esta ciudad. Desde su puesto como representante de la Universidad en el Consejo de Administración de la Caja de Ahorros de Granada impulsó ciclos de conferencias, premios de investigación y publicaciones que mejoraron el conocimiento de la provincia y diagnosticaron con precisión y valentía las carencias y la acedia de una Administración solo atenta a sobrevivir, “a que no pasara nada”; apostó decididamente por la democratización de este país en las aulas y fuera de ellas; amparó a estudiantes represaliados, incluso examinándolos en la cárcel. Por poner sólo un ejemplo: nunca olvidaré a Don Joaquín Bosque entrando al Palacio de la Audiencia en Plaza Nueva durante la primavera de 1976, a entregar las miles de firmas recogidas en la ciudad pidiendo Amnistía para los presos políticos, en medio de un paisaje tomado por la policía que trataba de impedir una manifestación convocada por Coordinación Democrática, la instancia unitaria de la oposición. Con su ejemplo nos enseñó a ejercer la libertad tranquila y respetuosamente. Porque de libertad científica y civil tratan precisamente las páginas de esta intervención.

Señor Rector, no debo alargar este discurso de laudatio. Sólo un apunte final. De todos es sabido que el Codex Granatensis, joya de nuestro patrimonio universitario, recoge en sus miniados gran parte de los más hermosos paisajes con figuras que hoy forman parte de nuestra memoria colectiva, presentándolos con los más vivos y expresivos colores. Hoy, Don Joaquín, permítame que le diga que el brillante cromatismo de su magisterio, su quehacer y su trayectoria personal e intelectual abren en nuestro corazón una nueva página miniada de ese Codex que me hace muy fácil y grata la tarea de solicitar formalmente, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, al Claustro de Doctores su investidura como Doctor Honoris Causa en SU Universidad.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA GEOGRAFÍA DE ANDALUCÍA. ORIGINALIDAD Y PERSONALIDAD

(Discurso pronunciado por el profesor Joaquín Bosque Maurel con motivo de su investidura como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Granada, 16-XI-2001)

Excmo. y Magnífico Sr. Rector Claustro de la Universidad, Alumnos, Señoras y señores, Queridos amigos:

Hace ahora algo más de cuatro décadas de mi llegada a esta ciudad de Granada para hacerme cargo de mi destino en la entonces Escuela Profesional de Comercio. El mismo año, precisamente, en que tomó posesión de su Cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras un muy querido amigo y compañero de estudios en nuestra natal Zaragoza, Manuel Alvar, que lamentablemente nos ha abandonado hace muy pocos días. Con un recuerdo a su memoria, quiero unir también mi pesar por la algo más lejana desaparición de otros colegas y amigos que, como Manolo Alvar y otros, me ayudaron a incorporarme al Claustro granadino y me hicieron fácil y cómoda mi larga estancia en él. Me estoy refiriendo a D. Emilio Orozco, a Juan Sánchez Montes, al Padre Cabanellas, a Antonio Llorente, a Pepe Cepeda, miembros ilustres de la Universidad de Granada y compañeros inolvidables en mi andadura en Granada. Un recuerdo que quiero hacer extensivo a cuantos todavía, en Granada o fuera ella, me facilitaron seguir por el camino académico, mis maestros y colegas en la Geografía, Alfredo Floristán y Ángel Cabo, mis predecesores en la Cátedra, y tantos otros compañeros de fatigas y trabajos en la entrañable Facultad de Puentezuelas y hoy todavía presentes directa o indirectamente en ella. Una andadura que terminé con añoranza en 1977 pero que la generosidad y la amistad de mis antiguos colegas y, sobre todo, el afecto de mis alumnos y siempre amigos, ya profesores entonces en muchos casos en los Departamentos de la disciplina a la que me entregué desde mi llegada a la ciudad de la Alhambra, y en otras Cátedras más o menos afines, me permitió y permite continuar en una serie de actividades académicas queridas y deseadas, conferencias, cursos, lecturas de tesis y, no menos, varios libros y numerosas colaboraciones en la revista científica que antes había contribuido a crear y a desarrollar. Una generosidad y una amistad que han sido sin duda fundamentales para poder encontrarme en este momento en este paraninfo y en un acto que me complace y me llena de orgullo, aunque me preocupa por lo que significa y exige. Y que me facilita también, con mi más profundo agradecimiento, hacerles partícipes de mi preocupación y mi admiración por una ciudad, por un pueblo y por una región o, por qué no, nacionalidad, Granada, los andaluces y Andalucía, que tantas satisfacciones me han proporcionado a lo largo de una larga estadía. Un tiempo en el que pude forjar una familia, de la que lamentablemente falta ahora alguien excepcional, mi esposa Pilar, compañera imprescindible y firme colaboradora en esos casi treinta años de vida andaluza, en los que se hicieron granadinos y andaluces mis cuatro hijos, algunos todavía presentes en estas tierras y todos devotos en su recuerdo de ellas. A Pilar y a mis hijos